AL PATRIOTA TRISTAN

En «El Correo Español»

Mi simpático amigo: Hace tres ó cuatro noches cenábamos unos cuantos amigos míos, que también lo son suyos, y me dieron á leer su interesante artículo titulado «Raro patriotismo», que, cual todo lo que sale de su ilustradísima y competente pluma, merece los plácemes más calurosos.

Pero, contra mi costumbre, al leerlo, me sucedió una cosa muy rara, y es que lo tomé en *guasa*, no sé si porque en *broma* estábamos reunidos en los momentos de leerlo, ó si porque, conociendo su carácter, se me ocurrió que, por efecto de un momento de buen humor, pudo usted ocuparse de la manera que lo hace de mi modestísima é insignificante personalidad.

El caso es, mi buen amigo, y no se incomode usted por ello, que yo he tomado su «Raro patriotismo» como quien toma una broma de carnaval, pues por muchos conceptos me ha causado requetemuchísima gracia. En primer lugar, eso que usted me dice de la «confusión de criterio y lo del

enervamiento que deslucía mi labor», es la cosa más salerosa que se le puede ocurrir al andaluz más gracioso.

Si yo tuviera, amigo Tristán, las dotes de usted, ¿cree, ni por un segundo, que existiera esa *confusión y enervamiento*? Ya lo dije al comenzar mis pobres artículos: yo no soy escritor, y aunque supiera aderezar mejor mis escritos, tampoco lo haría, porque quiero que los entienda bien todo el mundo, desde el artesano que lee *deletreando*, hasta el literato que lee *estudiando*.

Yo no pertenezco, patriótico Tristán, á ningún mundo político, ni pretendo pertenecer; conozco mejor que usted, mi buen amigo, lo insignificante que es mi humilde personalidad, y créame, de todo lo que me dice, lo único que siento en toda mi alma (lo digo con eterna sinceridad) es que pierda usted la fe en cuanto yo decir pueda, porque la fe de una personalidad tan eminentemente notable en el terreno de la literatura como en el de la política, era bálsamo tranquilizador de mis *enervaciones*.

Yo no me asusto de nada, amigo Tristán: ni de la *Commune*, ni de la revolución, ni de la guerra civil, ni de la extranjera; sin ser valiente, ni Cristo que lo fundó, no me aterra nada de esto ¡Estoy tan acostumbrado á todo!

Lo que me aterra es hacerlo yo. Lo que me causa pavor es que se me tome por un revolucionario ó un ambicioso, porque usted sabe, como yo, que tras la revolución va, la mayor parte de las veces, unida, como el brazo al cuerpo, la mezquina ambición. Lo que no quiero es que de mis ideas, vertidas en las columnas de un periódico con la ingenuidad de quien no teme decir la verdad, se haga un arma para llevarnos al fondo del precipicio, en cuyo borde estamos; en una palabra, lo que me intimida son los remordimientos.

Pero puesto que á usted, señor Tristán, no le aterra, ni le causa pavor, ni le intimida, ninguna de estas consideraciones, siendo usted, como es, una pluma de indiscutible mérito que arrebata á los lectores, extasía los corazones y

atrae las ideas, y tras éstas los cerebros que las conciben por intuición, y tras de los cerebros los brazos para empuñar las armas, reuniendo usted todas estas hermosas condiciones, que yo le envidio, ¿por qué no lo hace usted? ¿Por qué no omite usted esas ideas, cuya omisión me proporciona la pesadumbre de caer en su desagrado? ¿Por qué no conduce usted al pueblo por ese camino, por el cual no quiero yo conducirlo en estos momentos?

¡Si yo pudiera decirle á usted todo lo que pienso sobre las instituciones presentes, que me hace usted el honor de creer que yo quiero, sobre las que me figuro quiere usted, y sobre el pueblo!...

Nada, amigo Tristán: ánimo, y á la tarea; empieze usted, que tan apto es para ello; haga usted lo que me censura que yo no haga. Y cuando consiga su objetivo; cuando la tea incendiaria convierta en cenizas los palacios del familiar del amigo ó del ciudadano; cuando el toque de rebato, con su lúgubre son, señale que ha llegado el momento de luchar hermanos contra hermanos; cuando el estampido del cañón y el ruído de la fusilería nos indique el lugar del crimen; cuando al atravesar los campos los encontremos sembrados de cadáveres, y los hogares vacíos, y las madres, desoladas, y las esposas, viudas, y los pequeñuelos, huérfanos, entonces, amigo Tristán, y sólo entonces, cuando con la convicción de que no soy yo el causante del horrible desastre, tenga la de que ha llegado la hora del cumplimiento del deber, en el bando *de la razón y de la justicia*, que usted no ignora cuál es, me tendrá firme en el puesto que se me señale, que sabré defender á costa de mi vida; y si sus tareas periodísticas no le permitieran acudir á la horrible hecatombe, porque natural y lógico es que mientras unos defienden las ideas con las armas en la mano, los otros lo hagan con la pluma, pues para eso les ha dado Dios el talento, al terminar el combate, vencido ó vencedor, iré á buscarle y le explicaré la gran diferencia que existe entre mi «raro patriotismo», como usted bautiza el mío, y el «patriotismo raro», como llamo yo el suyo, pues aunque parece que es lo mismo, existe, á mi juicio, gran diferencia entre una cosa y otra.

Y, si muero en la refriega, quedará explicado el enigma, porque mi muerte en el campo del honor, como la de tantos otros que caer puedan, indicará á los *patrioteros* de café ó salón cómo cumplen con sus deberes los *patriotas*, esos mismos patriotas que más de una vez han vertido su sangre en defensa de la Patria, en lejanos y mortíferos climas, y que curtidos en cien combates, enfermos y hambrientos, regresan á la madre Patria y tienen que sufrir con la resignación del mártir los insultos de los que, sin salir de Madrid, rodeados de mil comodidades, exentos de todo peligro, chillaban cual mujerzuelas de la plaza de la Cebada y hacían y deshacían combates y más combates, con la misma facilidad que los concebían sus ruines corazones.

Hasta esa época *si llega*, mi querido Tristán; y en tanto la esperamos, no dude que le quiere

EL CAPITÁN VERDADES.

LAS BANDERAS DEL 74

No todo ha de ser «historia negra;» hay también entre los episodios filipinos historias de laurel, y una de ellas es la que hoy voy á relatar con tanto mayor placer cuanto el hecho á que mé refiero es, por su índole especial, de los que honran á la Nación que tales hijos produce.

El regimiento de Infantería núm. 74, compuesto de indígenas, es uno de los que más han trabajado en la cam-

paña de Mindanao y en toda la de Luzón, formando casi siempre la triunfante vanguardia de aquel Ejército vencedor que, al mando primero del general Polavieja, y luego al del general Primo de Rivera, habria llegado á poner sus plantas en las montañas de Biac-nac-batoc, ahogando en ellas al traidor enemigo, si consideraciones políticas, que no debieron haberse tenido en cuenta, no nos hubieran llevado á aquella paz tonta, que más que paz fué un engaño indigno que á conciencia se hizo á la Patria.

El regimiento núm. 74, por orden de su coronel don Diego de Pazos, era el único que llevaba siempre sus banderas, siendo éstas las que se clavaban en las trincheras tomadas al enemigo para simbolizar el triunfo de nuestras armas.

Llegaron los tristemente célebres sucesos de la evacuación de Cavite, de los que me ocuparé más adelante, y este regimiento, que se encontraba casi todo destacado, como todas las fuerzas, al mando del general Peña, por no habérsele dado la orden de concentración que repetidas veces pidiera, cayó prisionero de los tagalos, como cayeron el mismo general Peña y coronel señor Pazos. Pero no cayeron las banderas del regimiento, que, con la abnegación sin límites y valor heróico salvaron la una el coronel señor Pazos, arrollándosela á su cuerpo, y la otra el teniente coronel, cuyo nombre no recuerdo, en la misma forma; y estas banderas, salvadas tan heróicamente, corren la suerte de sus jefes, pero en poder de los mismos, y meses tras meses sirven de almohada á sus salvadores, de consuelo á sus abatidos espíritus, de alegría á sus entristecidos corazones, y secan sus lágrimas, y alimentan su amarga existencia, y cuando llega la hora de encontrar en la fuga la soñada libertad, van por delante de sus conservadores, y, amparados por sus pliegues, y puesta en ellas la confianza, se emprende la horrible peregrinación por misteriosa senda de espinas, en cuyo final se ha de encontrar la libertad ó la muerte.

Dios y las banderas los protegen; llegan á la libertad; de la libertad á la Patria amada, que nunca creyeron volver á pisar, y las banderas, unidas á su coronel como el corazón al pecho, son traidas á Madrid y sirven de hermoso ejemplar de lealtad, abnegación y heroísmo, y son presentadas á S. M., que las recibe como el más precioso don que en estos tiempos puede presentarle un caballero que es coronel del Ejército español.

EL COCHE DE COMPAÑY

Muy bonito, tan elegante como todo lo que idea y hace el simpático fotógrafo, y tan rumboso que chorrea plata por todas partes.

Lo único que no me gustó es que por arriba, por abajo, por delante y por detrás, aparezcan retratos de literatos, periodistas, actores notables y demás gente *menuda*. Yo hubiera puesto la gente *gorda*; los que han robado á España sus tesoros y su honor, los que han entregado plazas fuertes, ciudades, pueblos y poblados; los que se han rendido á un enemigo cobarde, borracho, hipócrita y miserable, sin batirse; los que nos han llevado á una paz por todos conceptos deshonrosa, los que no han sabido ni con el talento ni con las armas conducirnos á la victoria, los unos desde la corte, los otros desde el teatro de la guerra; y debajo un letrero muy grande con letras de cedro engarzadas en plata, que dijera:

«*Cabezas para la guillotina.*»

Hubiera sido de mucho más efecto, y, sin duda alguna, el público se habría fijado más, porque es natural que el

pueblo quisiera conocer á tanto granuja con *tupé*, sin que esto sea alusión á don Práxedes, que, después de todo, no ha servido más que de *zascandil* para tanto *lío*.

Hay más: yo, en el caso de Compañy, pondría en su lindísima exposición permanente todas estas *cabezitas parlantes* y *absorbentes*, sería el mejor reclamo para su inmejorable establecimiento fotográfico. ¿Quién no iría á ver los autores de la *hecatombe*?

Por lo demás, el anuncio, aunque muy antiguo y conocido en otras tierras, tiene en esta corte la novedad... de las cosas *nuevas para ella*; poco á poco se va á Roma, y este adelanto, introducido en Madrid, indica que vamos camino de la civilización, y que Compañy va á la cabeza de los que esa senda recorren con pasos de tortuga. Y aquí *paz* y después *gloria*.

Esta noche me voy á Cádiz para resolver asuntos puramente personales. Volveré el domingo, y por mi ausencia felicito á mis *favorecidos* que gozarán breve tranquilidad.

Seré un descanso *transitorio* y acaso reproductivo, pues no tiene nada de particular que por el tren ó desde la ciudad de las *hazañas* de Ribot, mande algunas cuartillas que *piquen* á alguien.

Hasta la vuelta.

TOQUE DE REBATO

Vengo de la ciudad de Ribot, de aquella *tacita de plata* que el celebérrimo gobernador convirtió en teatro de *fazañas sugestivas*, y declaro que vengo verdaderamente asombrado. Lo que allí pasa, no tiene precedente ni en la China, é indica bien á las claras que, dentro de poco, si no se pone remedio al mal, volverá España á los tiempos de don Rodrigo, con la diferencia de que en éstos no nacerá ningún Pelayo.

Allí entran y salen todos los días como *Perico en su casa*, multitud de ingleses que llegan de Gibraltar, armados, no de cañones y fusiles, que esto bien á las claras nos demuestran que queda para *más entrada la tormenta*, sino de maquinillas con las que sacan fotografías de todo cuanto les da la gana, incluso de las fortificaciones que, como casi todas están descubiertas y bien á la vista las tienen, sin que haya una autoridad que les diga: «¡eh!, caballeros, vayan ustedes á sacar vistas de las casas de sus respectivas familias.»

Yo no sé qué hace el Gobierno, ni qué piensa, ni á dónde nos lleva; parece que, con hacer elecciones de senadores, diputados y concejales, á *su gusto*, va á salvar la Patria; senadores, diputados y concejales, que al fin y al cabo son lo mismo que todos; que luchan hasta tirarse los trastos á la cabeza para entrar á saco el presupuesto; para hacer á la sombra de sus casi sagradas investiduras, chanchullos indecentes, escandalosos, inmoralidades, contratas ventajosas para sus bolsillos, y nombre para sus, en general, oscurecidas personalidades; y á la sombra del pomposo nombre de hijos predilectos de la nación, representantes del pueblo, llegar sin temor á los remordimientos de la conciencia, ó, como si ésta no existiese en sus vanidosos cuerpos, al *consummatum est* de esta pobre España, patria en otro tiempo de tanto caballero y hoy de tanto sinvergüenza que se deleita en hacer girones esa gloriosa enseña, gualda y roja, la más hermosa del mundo, bajo cuyos pliegues conquistaron, desde Pelayo hasta Felipe II, glorias sin cuento, envidiables nombres y territorios para sus reyes, en los cuales llegó á no ponerse nunca el sol, rey del Universo, como si éste quisiera demostrar, alumbrando con sus vivificadores rayos á todas horas, las españolas tie-

rras que los reyes que ocupasen el Trono de San Fernando, podían ser también reyes del planeta.

Admírame la pasividad gubernamental; admírame el desaliento que se nota en todos los actos de los hombres que nos gobiernan, desaliento indigno de pechos españoles; admírame que dejen invadir sus bien organizados cerebros de la mortal anemia que nos ha de conducir al *no ser*; admírame, que en lugar de reunir, con toda precipitación, recursos para comprar cañones, fusiles y barcos, se tire el dinero en viajes de recreo, que sólo sirven para satisfacciones personales; admírame, que en vez de arrancar de algunos pechos tantas cruces y grandes cruces, agraciadas con crecidas pensiones que bien pudieran emplearse en esos cañones, fusiles y barcos, que tanta falta hacen, se den, por el contrario, más y más, como si nos hubiéramos propuesto premiar el latrocinio, la cobardía y la nulidad; admírame, que se dejen esos *premios al mérito* colgando en los pechos que el Ejército ha considerado indignos de formar en sus filas, como si el pueblo tuviera obligación de auxiliar con esas pensiones á los que de nuestras colonias han regresado sin honra, pero con las arcas repletas de aquellas *onzas*, símbolo monetario de los que fueron ricos florones de la Corona de Castilla. Y admírame todo esto, tanto más cuanto yo era creyente en las energías de los señores Silvela y Polavieja; cuando fundaba en ellos mis esperanzas de que regenerarían la Patria; cuando al conocer el programa-manifiesto que dieron á la nación, yo, poco experimentado en lides políticas, creí que no era posible que personas que presumen de caballeros, ofrezcan á un pueblo honrado lo que no pueden cumplir; pese en ellos mi fe ciega seguro de que eran otros hombres, de otra *generación*; y veo que son como todos, y que en luchas intestinas, en míseros intereses políticos, consumen esas energías que, empleadas en la regeneración de la Patria, los colmaría de gloria y de bendiciones de un pueblo agradecido...

No es posible continuar así, es indispensable un gran esfuerzo reconstituyente. Esos ingleses, que con la cobarde careta del hipócrita, vienen á estudiar los grandes defectos de nuestras pobres fortificaciones, y arrastrándose cual la asquerosa víbora, ojean el sitio flaco donde han de clavar sus emponzoñadas garras, ¡que se vayan á... Gibraltar!

Esas pensiones de tantas cruces y grandes cruces, por lo general tan mal ganadas, debidas al favoritismo más que al mérito, que se arranquen las unas, las que han sido deshonradas, y se dejen sin sueldo las otras, para ostentarlas con mayor orgullo los pechos honrados que las lleven Y unidos todos, pueblo, Ejército y Gobierno, demos al mundo el hermoso ejemplo de nuestra regeneración; privémonos cada cual de lo supérfluo; demos nuestra Hacienda á honradas manos que la administren bien; y cuando tengamos barcos, Ejército, cañones y fusiles, cabezas para gobernarnos y generales para mandarnos, volvamos por la honra de España, que hemos dejado, como pendón de ignomía, ondeando en la bufa estatua que como enseña hipócrita de mentida libertad se eleva á la entrada del puerto de New-York.

Y si no se hace así, que no le extrañe á nadie que cualquier día suenen las campanas solas, tocando á rebato.

¡GOBIERNO... DESPIERTA!

El Gobierno que rige nuestros destinos, el Gobierno regenerador, el Gobierno que empezó su obra moralizadora por renunciar á sus propios intereses, es decir, *al retiro* como consejeros de la Corona, aunque no los derechos pasivos que como jubilados en su día les correspondiese, está